

Terremoto, la noche más larga

Reportaje sobre el sismo que destruyó Aiquile

## Indice

1. Vino y se fue con un terremoto
2. Puente aéreo
3. El hecho
4. Llorando en la calle
5. Los mejores amigos del hombre
6. Clasificando la ayuda
7. Durmiendo en carpas
8. Soldados extenuados
9. Reconstruyendo la historia
10. “Están botando mi casa”
11. Ciudad dividida
12. “Wilder, estoy aquí” (Los héroes anónimos)

## ANEXOS

Richter y Mercalli ¿Qué es un terremoto?

Qué hacer en caso de un terremoto

Lista oficial de muertos y heridos

Fuentes y agradecimientos

1.- Freddy, llegó y se fue con terremotos

Aquel 1° de septiembre de 1958, cuando se vivió en Aiquile un terremoto anterior, doña Lucha estaba embarazada. El sismo la impresionó tanto que tuvo que ser llevada de emergencia a Cochabamba, donde dio a luz a su hijo, al que luego bautizó como Freddy Flores. “Nació con el terremoto”, dijo el médico al conocer la historia. 40 años más tarde, Freddy se fue con otro terremoto. Quien había sido alcalde, vicepresidente del comité cívico y un entusiasta aiquileño, quedó prisionero de los escombros y murió. Vivía en una casa de dos plantas de la calle Bolívar con su esposa, que esperaba un

bebé, y sus dos hijos. No logró escapar. Con el primer temblor, parte del techo cayó sobre él y toda su familia. 13 minutos más tarde, el segundo sismo terminó por sepultarlo. Freddy, su esposa y el niño que venía en camino, murieron. Los dos hijos mayores sobrevivieron, pero quedaron huérfanos.

60 kilómetros al norte de Aiquile, en la localidad de Chakamayu, cerca de Autocahua y Totorá, Benigna Torrico había despertado con el primer temblor. Junto a su esposo, sacó de inmediato a los dos niños de su pequeña casa de adobes. Muertos de miedo, los niños se abrazaron a sus padres. La noche estaba oscura y un viento frío les calaba los huesos. Los padres decidieron entrar nuevamente a la casa, que sólo había sufrido rajaduras. A los lejos se veían algunas velas encendidas de algunos de sus vecinos.

Benigna y René procuraron que los niños se durmieran. Cuando los cuatro estaban nuevamente acostados, la tierra tembló otra vez. Las paredes y el techo cayeron con fuerza sobre la cama donde dormían. Un bloque de piedra y adobes cayó sobre la pierna de Benigna, causándole una fractura expuesta de tibia y peroné y sacándole la piel. Una viga cayó sobre el cuerpecito de Joel, el hijo menor, de dos años y medio. René, que sufrió rotura de su brazo izquierdo, salió de la casa llevando a su hijo mayor. Después de dejarlo a unos cinco metros de la casa, retornó para ver cómo estaban su esposa y su otro hijo. Gritando, en completa oscuridad, empezó a retirar los escombros, deshaciéndose las uñas. Sólo podía usar un brazo porque el otro lo tenía inmovilizado. Unos segundos después escuchó la voz de su esposa, que había vuelto en sí. “Aquí René”, le dijo. “¿Dónde está Joel?, ¿dónde está Joel?”, gritaba René mientras ayudaba a su esposa a salir de la casa. Después de una búsqueda frenética, René encontró el cuerpo sin vida de su hijo menor. No tuvo tiempo para llorar porque debía ayudar a su esposa, que se desmayaba de dolor: tenía los huesos fuera de la pierna. Personas de casas vecinas se acercaron y encendieron una fogata.

A un kilómetro de allí, Iván Rocha estaba completamente enterrado. Con el primer sismo su casa le cayó encima. Estaba inmóvil, semiasfixiado y gritaba desesperadamente, pero su esposa Leona y sus dos hijos no le respondían. Cuando pasaron por lo menos dos horas, se resignó a la idea de que su familia había muerto. En los primeros minutos después del temblor había escuchado, con horror, los gemidos de su hija. Después, nada. Una tonelada de adobes, madera y piedra le oprimían el pecho y no lo dejaban moverse. “Creo que voy a morir”, pensó.

El primo de Iván, Gualberto Valderomar, estaba preocupado. Le extrañaba que éste no hubiera ido hacia dónde estaban las fogatas de Chakamayu. Dejando a sus hijos en un lugar seguro y sin más abrigo que los pantalones y la chompa que tenía encima en el momento del terremoto, porque todo lo demás lo había perdido, avisó a su esposa que iría a buscarlo. Caminó hasta la casa de Iván, llevando consigo una vela, que encendería al llegar. Le costó encontrar la casa, alejada del resto de la comunidad, porque virtualmente no existía. De inmediato se dio cuenta que sería un milagro encontrar a alguien con vida entre los escombros. Al acercarse, escuchó una voz ronca y triste. Era Iván que pedía ayuda. “Iván, Iván, espera, no te mueras”, le gritó Gualberto. Empezó a

retirar cuidadosamente los escombros y, poco a poco, vio los cuerpos de su cuñada, Leona, y de los dos niños. Estaban muertos, completamente desfigurados, con los rostros hinchados y los cuerpos llenos de tierra. “Resiste Iván”, le dijo. Poco a poco fue sacando de encima del cuerpo de su primo las piedras y palos hasta que éste pudo incorporarse. Le dolía el pecho bárbaramente, tenía dos costillas rotas y no podía tocarse el abdomen. Iván se abrazó al cuerpo de sus familiares, llorando. “¿Cómo están los demás?” le preguntó a Gualberto unos minutos después. “No muy bien, pero nadie más está muerto. Tu mamá está un poco adolorida”, respondió.

Efectivamente, Fortunata, la madre de Iván, estaba malherida. La pared de su casa le cayó encima causándole fractura de clavícula, brazo, pelvis y cadera. Lo que más le dolió, sin embargo, no fueron los huesos rotos, sino la muerte de sus nietos. Una semana después del terremoto todavía soñaba que ella lograba salvarlos antes de que la casa se destrozara.

Ese día y los siguientes murieron en el Valle Alto cochabambino, en el sur del departamento, 65 personas, muchas de ellas niños, y otras 49 resultaron heridas. Aiquile fue la localidad más afectada, con 41 muertos, y otras varias comunidades en los alrededores de Totora sufrieron en total 24 fallecimientos. El mayor terremoto del siglo en Bolivia había causado zozobra y temor. Al haberse producido en la noche, el sismo provocó un elevado número de muertes debido a que la mayoría de la gente se encontraba durmiendo en sus casas.

## 2. Puente aéreo

En la mañana del viernes 22, ocho horas después del terremoto, aviones de la Fuerza Aérea establecieron un “puente aéreo” entre Aiquile y Cochabamba, llevando a los heridos más graves. En algunos casos, los aparatos eran monomotores, por lo que, además del piloto, sólo ingresaba un herido. Por ello tuvieron que hacer decenas de vuelos, no sólo para transportar heridos sino para llevar vituallas y víveres a la zona afectada.

Aparte de los aviones, decenas de ambulancias se desplazaron a la zona de Totora, donde no hay pista de aterrizaje. En esa ciudad solo se registraron dos muertes, pero en las comunidades aledañas llegaron a 24.

Durante todo el viernes y el sábado, la mayor parte de los heridos fue trasladada hasta Cochabamba, especialmente al hospital estatal Viedma y, en menor número, a la Caja Nacional de Seguridad Social, a la Caja Petrolera y al hospital Belga.

Pero los lesionados del terremoto de las comunidades rurales tuvieron que esperar horas y, en ocasiones, días, para recibir ayuda. En algunos casos, fueron transportados a pie por sus familiares hasta la carretera a Cochabamba, y en otros, rescatados por personal médico o militar, alertado por los familiares o dirigentes campesinos.

La tragedia generó un insólito espiral de versiones sobre la cantidad de muertos y heridos que había provocado. El número manejado por los periodistas fue primero 18, para después subir a 50, 80 y 105. Incluso, una agencia internacional difundió el número de 124 muertos, porque sumó dos veces la misma lista. Pero según los partes oficiales de los jefes de operaciones asentados en Aiquile y Totorá, el terremoto provocó 65 fallecimientos, heridas serias a 52 personas -tres de ellas murieron- y contusiones a otras 200.

30 lesionados llegaron al Viedma entre el viernes y el sábado. La sala de emergencias vivía momentos de tensión y arduo trabajo. Uno de los médicos, el doctor Igor Zapata, llegó temprano ese día al hospital, para prestar sus servicios, y se puso de inmediato a las órdenes del director del mosocomio para atender a los heridos. Zapata, de 33 años, es médico residente del Viedma. El quechua, aprendido de su abuela, una mujer de pollera de la localidad de Arani, le sirvió mucho ese día: casi todas las víctimas del terremoto provenían de localidades rurales y no entendían español.

“Hubo una incidencia muy alta de muertos con respecto a heridos por la hora en la que se produjo el terremoto, en la que todos estaban durmiendo. En general, si se caía una pared donde dormía una persona, lo más probable es que ésta falleciera”, explicó el doctor Zapata. “Hubo más muertos que heridos, algo inusual en casos de accidentes”, dijo. “Fundamentalmente atendimos ese día a personas que tenían fracturas y necesitaban yesos o vendajes. Sin embargo, algunos requirieron cirujías, especialmente por casos de golpes en la cabeza”.

El doctor Zapata viajó el sábado a Aiquile como voluntario. La ciudad ofrecía un espectáculo dantesco. 520 casas (casi la mitad de las del pueblo) estaban semidestruídas, con los techos sobre los patios o la calle y con las paredes caídas. Zapata se sumó al personal que ayudaba a organizar a la gente ese día, y dio pequeñas charlas a los pobladores destinadas sobre todo a prevenir las infecciones. La gente velaba a sus muertos en la calle. Nunca vio tanta desolación.

Pese a que el hospital Viedma tiene personal suficiente, nunca está de más una mano que se ofrece para ayudar. Además, no hay como la presencia de un familiar cuando se está herido o enfermo. Sabiendo eso, la señora Leonila Camacho de Mercado se dirigió el sábado 23 a ese centro médico.

Ella tenía el mal presentimiento de que algunos de sus familiares hubieran resultado heridos: lamentablemente, así fue. Todos los afectados de la zona de Chakamayú, donde se registraron varias muertes, llegaron el sábado a Cochabamba. Sabía que sus parientes no entienden el español y creía que, en caso de estar heridos, no podrían comunicarse con todos los médicos y enfermeras.

Al llegar al hospital fue informada que su sobrino Iván Rocha estaba allí, con diversas contusiones y las costillas rotas. No la dejaban entrar a la “sala hombres”, por lo que tuvo que insistir y gritar. Finalmente pudo ingresar y tratar de reconfortar

a su sobrino, que perdió a su esposa y sus dos hijos en el terremoto. Después se enteró que estaban en el mismo hospital su hermana, y otros familiares.

La señora Camacho, de 55 años, salió de su comunidad cuando era una niña y se fue a vivir a Cochabamba, donde realizó diversas actividades y aprendió un correcto español. Periódicamente iba a visitar a sus parientes en Chakamayu, especialmente a su hermana mayor, Fortunata, y a sus primos y sobrinos.

Nunca pensó tener que cuidar a varios de ellos en una sombría sala de hospital. Fue al Viedma a ofrecer su ayuda todos los días hasta que el último de sus parientes fue dado de alta. En un momento ayudaba a su hermana a ir al baño y al siguiente pasaba un paño húmedo por la frente a su sobrina. “Es increíble como casi toda mi familia está aquí”, dijo mientras le ayudaba a tomar un vaso de agua a su sobrino. “Yo vengo todos los días porque sé que los ayudo. Para mis parientes yo soy la enfermera en la que más confianza tienen”, añadió. Su inteligencia y habilidad ha hecho posible que se gane la amistad de médicos y enfermeras del hospital, que la toman como una más del personal.

Pero en la sala donde prestaba ayuda no sólo había heridos por el terremoto. Otros pacientes, que llegaron por diferentes motivos, también le pedían ayuda. Es así que esta señora se encargaba de revisar el suero, ayudar a caminar o comer a muchos otros enfermos. Todos la extrañaron cuando sus familiares fueron dados de alta y ello dejó de ir.

### 3. 6.6 en escala de Richter

A las 12.36 de la madrugada del viernes 23 de mayo se produjo un colosal movimiento de rocas en la corteza terrestre, 40 kilómetros bajo la superficie de la región sur del departamento de Cochabamba, con epicentro 50 kilómetros al noroeste de Aiquile, entre las localidades de Chujllas y Totora.

El hecho, generado por el choque interior de placas tectónicas, liberó dentro de la tierra más energía que las producidas por 10 mil bombas atómicas como las lanzadas en la segunda guerra mundial, provocando fisuras en la tierra de hasta 1.75 metros de profundidad. El primer sismo tuvo una magnitud de 5.9 grados de la escala de Richter. 13 minutos más tarde, a las 12.49, la tierra volvió a temblar, esta vez con un terremoto de 6.6 grados, el más fuerte de la historia boliviana.

En los municipios de Aiquile y Totora, del Valle Alto cochabambino, donde unas 34.000 personas se encontraban descansando en sus casas, el sismo provocó muerte y desolación. Los movimientos telúricos produjeron, en medio de la noche, la muerte inmediata de unas 60 personas. Otras cinco morirían en las siguientes horas a causa de sus heridas o por falta de atención. 49 personas resultaron heridas, aunque decenas más sufrieron contusiones.

La localidad más afectada fue Aiquile, que, antes de la tragedia, tenía 1380 casas, de las que 898 resultaron destruídas por el sismo y luego derribadas completamente por tractores y retroescavadoras. El resto de las casas está habitable.

El Presidente boliviano, general Hugo Banzer Suárez, tuvo el primer parte del terremoto en la madrugada, cuando lo despertó una llamada de su Ministro de Defensa, Fernando Kieffer. En ese momento, sin embargo, no se conocía todavía la real magnitud de la tragedia. Unas horas más tarde, en la reunión que mantiene diariamente con su grupo de colaboradores más cercanos, el Presidente anunció que viajaría ese mismo día a Aiquile. Entonces se sabía solamente de la existencia de dos muertos; el Presidente, sin embargo, temía que el desastre fuera mayor. Antes de partir, Banzer anunció a las autoridades de Chuquisaca que no viajaría ese día para participar en los actos de homenaje previos a la efeméride departamental, considerando la emergencia.

Banzer sobrevoló el viernes la zona afectada en helicóptero, acompañado por Kieffer y el Prefecto de Cochabamba, Johnny Ferrel. También recorrió las calles de Aiquile, con el rostro afectado por la impresión. Ayudó a algunos de los damnificados y prometió más apoyo. Para entonces ya se sabía que los fallecidos sobrepasaban el medio centenar. Esa tarde, al retornar a La Paz, convocó a una reunión de gabinete para el día siguiente.

La ayuda empezó a llegar a las zonas afectadas la misma mañana del viernes. 17 aviones, 60 paracaidistas y decenas de soldados, policías, médicos, enfermeros y diverso personal de apoyo se dirigieron a las localidades damnificadas, especialmente Aiquile.

Toda la zona seguía temblando, lo que provocó temor e inseguridad. 1200 réplicas se sintieron en los primeros días, diez de las cuales superaron los 5.0 grados en la escala de Richter.

En Sucre, el prefecto y el alcalde, en una reunión de evaluación, decidieron suspender las celebraciones por la efemérides. El 25 de mayo, tres días después de la tragedia, y a 189 años del primer grito libertario de América, los sucrenses asistieron sólo a una misa, en la que rezaron por los muertos del terremoto. Antes que ellos, la embajadora argentina había suspendido a última hora un cóctel que debía realizarse en homenaje a la independencia de su país. Los cinco mil dólares que pensaba gastar en el agasajo fueron enviados a Defensa Civil.

El sábado 23, los ministros del Presidente, además del Vicepresidente y el Portavoz Presidencial, aprobaron la declaratoria de “zona de desastre” a las provincias Carrasco (capital Totorá), Campero (capital Aiquile) y Mizque (capital Mizque) y duelo nacional de tres días. El Ministro de Hacienda, Edgar Millares, les informó a sus colegas que se habían dispuesto 30 millones de bolivianos de uso inmediato para los damnificados, tomados de la partida “gastos de emergencia” del Presupuesto General de la Nación.

El Presidente anunció que al día siguiente participaría en una misa de campaña en Aiquile y que consideraba importante que sus ministros fueran con él. Y mientras el Jefe de Estado y su gabinete recibían en La Paz el informe pormenorizado de la situación en Aiquile y Totora por parte del ministro Kieffer, los aiquileños enterraban a sus muertos. Algunos usaron las veredas para velar a sus seres queridos, mientras otros prefirieron los salones de una de las escuelas de la localidad. Obviamente, nunca se habían producido en el cementerio tantas inhumaciones en un día. 41 cuerpos fueron sepultados ante la congoja de sus familiares y amigos. Si no hubiera sido por el envío de ataúdes, éstos hubieran faltado en el pueblo. Justamente, el avión CP607 de la FAB, un DC-3 del año 42, con diez personas a bordo y llevando féretros, se salió de la pista de Aiquile en el momento de aterrizar y chocó contra unos matorrales, causando temor a sus ocupantes, aunque ningún daño personal. No sería el único accidente. El lunes 25, un cessna de la FAB, tras tocar tierra en Aiquile, sufrió el freno imprevisto del tren delantero, lo que provocó el vuelco del avión pero ninguna lesión a sus dos ocupantes.

El Presidente peruano, Alberto Fujimori, llegó el sábado 23 en la noche a Cochabamba, donde se reunió con su colega boliviano. Fujimori trajo consigo un helicóptero -que donó al país- con 1.8 toneladas de vituallas y víveres, y un contingente de 30 periodistas, para que documenten los acontecimientos.

Ambos presidentes viajaron a Aiquile el domingo. A la misa anunciada por Banzer se sumaba el mandatario peruano. “Vamos a reconstruir Aiquile”, les dijo Fujimori a los entristecidos pobladores de Aiquile. “Mi país tiene experiencia en este tipo de situaciones y no los dejaremos solos”. Junto a su colega boliviano y a todos los ministros del gabinete participó de la misa, para luego recorrer las calles e involucrarse en la organización de la ayuda. Banzer anunció que el gobierno daría toda su ayuda para reconstruir el pueblo.

#### 4. Llanto en la calle

Nadie puede imaginarse a cabalidad lo que es despertar en medio de la noche con las paredes y el techo de su casa por los suelos. Nadie puede imaginarse lo que es salir a la calle y ver las edificaciones destruidas. Nadie puede imaginar lo que es recorrer los distintos barrios del lugar y ver cadáveres en el suelo, el llanto de la gente o gritos desesperados de personas que aún tienen la esperanza de encontrar a sus familiares, pese a que están enterrados por toneladas de piedra, adobe y madera.

En calzoncillos, después de haber salvado a los suyos, el médico Luis López Arnés, que fue subprefecto, concejal y presidente del consejo de desarrollo de Aiquile, se abrazó de rodillas en plena calle, llorando ante tanta tragedia, con el corresponsal de Fides, Mario Camacho. Ninguno de los dos podía entender lo que sus ojos veían. Jamás pensaron vivir una situación así.

Todo el pueblo estaba consternado. En la madrugada, durmiendo a la intemperie, los vecinos empezaron a enterarse de que tal o cual persona estaba gravemente herida o había fallecido. “No puede ser, eran buenos amigos míos”, dijo alguien abatido al conocer la muerte de la familia Flores. Todos relataban, angustiados, las horas vividas, las heridas sufridas, los familiares perdidos.

Los vecinos de doña Luisa Claire, reunidos en un lugar cercano y ya a salvo, estaban muy preocupados por ella. Sabían que vivía con su madre, doña Adela Moscoso, de 87 años, en una de las casas de la calle Campero. Se turnaban para ir a tocarles la puerta, pero nadie respondía. Todos pensaron que habían sufrido alguna lesión.

Los tumbados y paredes de la casa de doña Luisa se vinieron abajo con los dos sismos fuertes de esa noche. El tumbado del dormitorio de su madre (tela que abarca toda la superficie del cuarto y recubierta con estuco) cayó completamente sobre la cama de ésta. La anciana empezó a asfixiarse. El peso era tal que no podía incorporarse y, echada de espaldas, gritaba desesperada para que su hija la socorriera. Doña Luisa, a oscuras, y con los accesos al dormitorio de su madre tapados con adobes y palos, no podía encontrar a su madre. En la frenética búsqueda, quedaba paralizada con cada uno de los temblores siguientes. Finalmente, después de varios esfuerzos, logró acceder al dormitorio de su madre y, a oscuras y con los brazos estirados para no golpearse con alguien, llegó hasta la cama. No tuvo valor para salir a la calle, debido a que debía atravesar un largo patio. Por ello se quedó en una de las habitaciones, acurrucada junto a su madre y tapada con unas frazadas. Recién, al salir el sol, abrió la puerta a quienes todavía tenían esperanzas de que estuviera viva.

Doña Luisa se enteró entonces de la muerte de su amiga, la señora Amalia Medinacelli. La torre izquierda de la catedral de Aiquile cayó sobre su casa, que quedaba exactamente al lado, aplastándola y provocándole una muerte instantánea. La iglesia a la que había asistido tantas veces durante su vida le había producido la muerte. Personal de Defensa Civil tardó cinco horas en sacar el cadáver de la señora Medinacelli, y su hijo, Gonzalo Camacho, lloró desconsoladamente durante todo ese período. Doña Luisa se enteró ese día de más hechos desgarradores, que todos contaban con distintos énfasis. El que le pareció más dramático fue el de una niña de 13 años. Ella había quedado a cargo de su hermana Renalia, de 12 años, y de su prima Amalia, de 11, porque la madre había ido a trabajar su chacra en Sarajchipampa. Renalia y Amalia compartían una habitación. El techo les cayó encima y ambas murieron. La hermana mayor sobrevivió porque dormía en otra habitación. “Sus caritas me persiguen todo el día”, dijo.

Los niños fueron los más afectados ese día. Es el caso de Ariel, un pequeño de un año y medio que vivía con su madre, Gladys Ferruffino. Un bloque de cemento sepultó al niño, que murió sin que su madre pueda hacer nada para salvarlo. Gladys, que sufrió diversas heridas y contusiones, fue sacada de la casa por sus hermanos, que acudieron a ayudarla. A la mañana siguiente fue conducida al hospital Viedma de Cochabamba. Ni siquiera pudo asistir al entierro de su pequeño hijo.



## 5. Los mejores amigos del hombre

Después de la tragedia, con más de 500 casas semidestruídas sólo en Aiquile, se temía que algunas personas siguieran vivas en medio de los escombros. Bolivia no cuenta con canes adiestrados para detectar personas o cadáveres, así que fueron muy bien recibidos los ofrecimientos de los gobiernos de México y Chile de enviar sus perros de rescate.

Ambos países tienen una gran experiencia en este tipo de desastres, debido a que han sufrido a lo largo de la historia terremotos tan o más fuertes como el de Aiquile.

El primer grupo de oficiales especializados en este campo que llegó a Aiquile fue el encabezado por el teniente Ricardo Ramírez, de Carabineros de Chile. Junto a tres sargentos (guías de canes) y un cabo (práctico en primeros auxilios), Ramírez llegó el mismo día del terremoto a Cochabamba, y en la madrugada del sábado, a Totorá; más tarde, se trasladó a Aiquile.

Ramírez es miembro del Grupo de Operaciones Policiales Especiales (GOPE), de la policía chilena, un cuerpo especial entrenado para atender desde casos de terrorismo y secuestros hasta rescate de personas, y tienen un exigente entrenamiento de alta montaña, jungla, buceo, esquí y motociclismo.

Los oficiales y los tres perros (Ebro, Alobe y Miky) empezaron a hacer su trabajo de inmediato. Subidos sobre los escombros, olisqueando el ambiente, los perros producen un ladrido especial cuando creen haber encontrado un cuerpo. Ramírez, como siempre, esperaba no encontrar a nadie. “Si encuentro un cadáver quiere decir que llegué tarde, que pude haber encontrado una persona viva”, dijo.

Los canes, pastores alemanes, son entrenados con diversos juegos, que consisten en esconder pedazos de carne debajo de escombros o lodo. Los instructores se esconden también, debajo de colchones y frazadas, para que los perros los detecten. Estos perros desarrollan su olfato y oído hasta el extremo y están capacitados para escuchar la mínima respiración e incluso latidos u otras señales de vida.

Los tres perros de la policía chilena y los cinco de la mexicana no encontraron en Aiquile ningún cuerpo. A diferencia de otros terremotos, donde caen edificios, en este caso era menos probable encontrar sobrevivientes o cadáveres porque las casas eran de dos plantas y los habitantes de las mismas sabían si faltaba encontrar a algún familiar.

Pero esta no fue la única ayuda recibida. El terremoto generó una ola de solidaridad jamás vista en el país. En todos los rincones de Bolivia se organizaron grupos de ayuda a los afectados por el sismo. En Santa Cruz se desarrolló una “telemaratón” durante la cual los habitantes de la ciudad donaron miles de kilos de alimentos, vituallas y enseres diversos. En Cochabamba y Sucre, las ciudades importantes más cercanas a Aiquile, se produjo un respaldo sin precedentes. El resto de las ciudades no se quedó atrás y las oficinas de defensa civil recibieron la cooperación de centenares de vecinos. Aunque menores a los de la gente, los empresarios también hicieron

donaciones, desde agua potable hasta alimentos y medicamentos, pasando por colchones y frazadas.

Sin embargo, la asistencia hubiera sido insuficiente si no llegaba la solidaridad internacional, que consistió en toneladas de víveres, vituallas, medicinas y otros artículos. Al margen del aporte de México y Chile, que donaron también carpas, frazadas, pañales desechables y vituallas en general, fue notable la cooperación Argentina, que incluyó la donación de maquinaria especializada en la perforación de pozos para extraer agua; La ayuda llegó además, entre otros, de Argentina, Ecuador, Francia, Alemania, Perú, Venezuela, España, EEUU y Japón y organismos internacionales como USAID, Cruz Roja, CAF y todos los organismos dependientes de las Naciones Unidas.

## 6. Clasificando la ayuda

La ayuda nacional e internacional empezó a llegar a Cochabamba y a las localidades directamente afectadas el mismo viernes 22 de mayo.

El sábado 23, la señora Gladys Durán de Gumucio estuvo desde muy temprano en las instalaciones de la Prefectura de Cochabamba. Los empresarios privados de esa ciudad y el Prefecto Johnny Ferrel le habían solicitado un día antes que se haga cargo de la recepción de la cooperación recibida por la prefectura (otra parte va a Defensa Civil) enviada para los damnificados del terremoto de Aiquile y Totorá. Como ex gerente de ENTEL en Cochabamba durante ocho años y actual Directora Departamental de Desarrollo Social de la Prefectura, además de su honestidad a toda prueba, la señora Durán era considerada la candidata ideal para ese trabajo.

Por ser Directora de Desarrollo Social tiene responsabilidad sobre ex ONAMFA, maestros, médicos y deportistas de Cochabamba; además, participa en otras 14 instituciones de la ciudad: Comité Cívico, Fundemos, Razón de Amor, Mesa Redonda Panamericana, Rotary Internacional, Club del Libro Javier del Granado, Comité de Apoyo al Discapacitado, Sor optimista, Aldeas Infantiles SOS y otras cuatro entidades. Realmente no había nadie mejor que ella para ese trabajo.

Desde el terremoto, Gladys despierta todos los días a las 6.30 y retorna a su casa pasadas las 11 de la noche, agotada pero con la seguridad del deber cumplido. Algunas mañanas encuentra dormido al soldado de guardia de la Prefectura, al que despierta para que le abra las puertas.

Luego de archivar, clasificar, ordenar, identificar y evaluar los víveres, vituallas y otros enseres, los distribuye a las zonas afectadas, según los partes que recibe diariamente de cada una de las localidades. Y como hay cosas tan diversas como colchones, botellones de aceite, pañales desechables o chocolates, la tarea es ardua y morosa. Su trabajo requiere también que ella vaya al aeropuerto cada vez que llega ayuda internacional.

Su desafío principal, sin embargo, es evitar el mal uso de los recursos. Gladys está obsesionada con que ni un sólo kilo de arroz de la cooperación sea desviado para otros

finés. Por ello ha ideado un sistema de controles cruzados en formularios que tienen cuatro copias. La señora Durán envía la ayuda en camiones protegidos por un guardia de la Policía o del Ejército. Todo el que recibe los víveres y vituallas debe firmar una de las cuatro copias.

“Podrá haber algo de desorganización, pero nada de mal uso de los recursos”, dijo, quien cuida las formalidades hasta el extremo. Unos días después del terremoto apareció en la Prefectura una joven vestida con una polera de Acción Democrática Nacionalista (ADN), partido del que ella es cofundadora. La señora Durán le pidió que saliera del recinto, bajo amenaza de hacerla detener. “Yo soy adenista, pero no puedo permitir que se politice esta tarea”, dijo. “Además, que yo sepa, los partidos no han donado ni un alfiler”.

Para desarrollar su trabajo, la señora Durán tiene bajo su mando a 30 efectivos del Servicio Aéreo de Rescate (SAR) y otros 30 soldados del Ejército que, en turnos de 15 horas diarias, la ayudan en las tareas de clasificar y ordenar vituallas, ropa y víveres. “Toda la ropa que no esté en un estado decente, me la sacan a un lado. No quiero ofender a los damnificados mandándoles cualquier cosa”, ordena a los soldados. “Los bolivianos tenemos poca costumbre en tareas de ayuda. He recibido bikinis y ropa interior usada para los damnificados y ello es inaceptable”.

Los soldados acatan sus órdenes sin chistar. La señora Durán se ha ganado el cariño de todos ellos porque, con sus manos y su dinero, les prepara todos los días el desayuno y el te. “Por suerte sus superiores les dan almuerzo, pero yo corro con los alimentos de la mañana y la tarde. Si no fuera por estos muchachos no podríamos hacer nada”.

Una de las preocupaciones de la señora Durán fue desde el principio la posibilidad de que el terremoto haya dejado niños desamparados. Desde su cargo de vicepresidenta de Aldeas Infantiles, averiguó que 39 niños y jóvenes quedaron huérfanos por efectos del terremoto. Y si bien algunos de ellos vivirán con sus familiares, la mayoría no tiene esa posibilidad. Por ello, coordinó la creación de un hogar, por el momento usando carpas, que se hiciera cargo de los niños desamparados a causa del sismo.

En breve plazo, cuando las condiciones de seguridad estén garantizadas, el centro se convertirá en un hogar definitivo, usando como albergue una construcción sólida. “No podemos dejar a esos niños sin un hogar. Obviamente que no hay sustituto para los padres, pero la vida en una institución, con esperanzas de adopción, es mejor que la interperie”, dijo.

## 7. Durmiendo en carpas

La señora Petronila Soriano y su esposo Hernán Ríos tenían una pequeña tienda de abarrotes en una de las calles aledañas a la plaza de Totorá. El día del terremoto salieron al patio de su casa en paños menores, rezando y pidiéndole a Dios que no destruya el poblado. Veían con terror como las paredes de su casa se inclinaban y cruñían, como si estuviesen a punto de estallar.

Los dos esposos Ríos fueron después a la calle y, a gritos, llamaron a los vecinos, para decirles que salgan, porque querían evitar que alguien, estando dentro de su casa, sufra daños con eventuales nuevos terremotos. Mucha gente estaba ya en la calle. Los totoreños, a oscuras porque la iluminación pública se había interrumpido, se dirigieron a la plaza, que consideraban como un lugar seguro. En realidad, no lo era: ese sector de la ciudad es uno de los más destrozados, debido a que cayeron las cornizas y los techos de las construcciones.

Pero la plaza quedó chica. Por tanto, espontáneamente, resolvieron trasladarse a un lugar descampado, a las afueras del pueblo. Cuando ya todos estaban a salvo, hicieron memoria para ver si todos sus vecinos habían salido de sus casas. Lamentablemente extrañaron a dos, que murieron por el derrumbe de sus casas.

Desde ese día, y por lo menos durante dos semanas, todos durmieron fuera de su casa. Las autoridades de Defensa Civil instruyeron que los 1700 habitantes de la localidad de Totorá permanezcan fuera de sus viviendas durante la noche, para evitar que un nuevo sismo cause más daños personales.

Como el resto de la comunidad, doña Petronila y don Hernán, que tienen una hermosa casa de dos plantas en Totorá, no se acostumbran a la idea de dormir en carpas. Ellos tienen suerte, sin embargo, porque muchos totoreños duermen a la interperie, tapados con frazadas. “Desde las siete de la tarde ya no podemos estar en nuestras casas. Y durante el día nos piden que, si entramos a las viviendas, salgamos rápido”, dice doña Petronila; pese a todo, está orgullosa de cómo construyeron la ciudad sus antepasados. “Las paredes de adobe de Totorá tienen por lo menos medio metro de ancho. Algunas tienen casi un metro. Eso nos ha salvado de que en esta ciudad se produzca una tragedia como la de Aiquile”, explicó.

Petronila y su esposo estaban preocupados por sus hijos, estudiantes universitarios en Cochabamba. Efectivamente, con el trabajo de la tienda de abarrotes, los esposos Ríos generaban algunos recursos para ayudar en los estudios de sus hijos. “Hace diez días que no tenemos nada de ingresos”, debido a que el pueblo no puede recuperar su nivel de actividades normales. Además, con los sismos del viernes 22, los anaqueles de su almacén se vinieron abajo, provocando la rotura de decenas de botellas de refrescos y licores, además de la pérdida de víveres y alimentos.

“Hemos perdido la mitad de nuestro capital. Realmente no sabemos qué hacer”, explicó. De todas formas, no piensa moverse de Totorá. “Aquí hemos vivido y aquí moriremos”, dijo. Lo único que pide es que el gobierno le ayude a reparar su casa para volverla nuevamente un lugar seguro para vivir.

## 8. Soldados extenuados

El mayor de Ejército Freddy Lizondo llegó a Totorá a las tres y media de la madrugada del sábado. Como miembro del Comando de Fuerzas Especiales, con entrenamiento para sumarse a los cascos azules de las Naciones Unidas, sus superiores

le habían encargado la tarea de dirigir las tareas de rescate, de logística y de coordinación general en esa localidad y otras 99 comunidades aledañas.

Inmediatamente después de llegar se trasladó a las zonas cercanas, donde le habían informado que todavía permanecían allí algunos heridos. Por no tener un auto adecuado para movilizarse, se dirigió a pie con un grupo de soldados hasta los poblados cercanos, orientándose con una brújula y con la ayuda de dirigentes campesinos. Antes de la salida del sol vio un espectáculo lamentable. En los caceríos de la región de Totora encontró siete cadáveres y cuatro heridos.

“En los días siguientes Totora se llenó de hermosas vagonetas. Pero sus dueños no querían prestármelas; yo necesitaba seguir recorriendo algunas comunidades cercanas donde había información sobre heridos y muertos”, dijo el mayor con su voz firme.

Después de una noche extenuante, aún tuvo fuerzas para crear el Comité de Defensa de Totora. En casos como éste de tragedias y desastres naturales, y según las disposiciones de defensa civil, es el Ministerio de Defensa el que nombra a las autoridades encargadas de las tareas de rescate y reconstrucción.

“Convoqué a la reunión y me encontré con que en Totora no hay un alcalde legalmente constituido. Ello perjudicó las primeras tareas, porque todos los bienes de la Alcaldía están intervenidos, incluidas las movilidades”, dijo el mayor. Pero sí acudieron a su llamado la directora del hospital de Totora, doctora Dafné Barragán, el padre Tamanini, el dirigente campesino Gabriel Zurita y un puñado de personas más. Se pusieron a trabajar de inmediato. Lo primero que dispuso el mayor Lizondo fue el nombramiento de dos jefes de logística, que debían encargarse de recibir la ayuda enviada desde Cochabamba para, después de clasificarla y contarla, entregarla a los damnificados.

Lizondo nombró para esa tarea al capitán Freddy Nogales y al dirigente Zurita. Ninguno de los dos imaginó nunca tener que trabajar con un compañero tan distinto. De todas maneras, ambos tienen especiales dotes organizativas y encararon el trabajo con eficiencia.

Después, el mayor Lizondo ordenó que se armen las carpas en distintos lugares de la ciudad y organizó las ollas comunes. Para eso preguntó a los lugareños quienes eran buenas cocineras. Después de entrevistar rápidamente a varias de ellas, optó por la que le pareció la mejor y la nombró “jefa de cocina”. Esta eligió a su vez a sus cinco ayudantes. Las cocineras se trasladaron a los diferentes campamentos de Totora y, con la ayuda de los demás vecinos, empezaron a cocinar para todos. Algunas familias prefirieron tener su propia comida.

Los cocineros militares preparaban la comida para los 72 uniformados que están en la localidad y para unas 130 personas más: personal médico y paramédico, funcionarios de gobierno y defensa civil, empleados de las prefectura enviados para prestar ayuda, y voluntarios.

Los 60 soldados llegados del batallón Victoria, conocido comunmente como CITE, trabajaron durante horas descargando los camiones que traían vituallas y víveres, que llegaron cada dos horas durante los tres primeros días.

El lunes 25, el mayor Lizondo le hizo a la doctora Barragán la pregunta habitual: ¿que casos ha atendido hoy? “Sólo unos cuantos soldados, que tienen agotamiento físico y que creo que merecen ser internados”, respondió la doctora. Incrédulo al principio, el mayor cayó en cuenta que había exigido demasiado a sus hombres, por lo que decidió dar turnos más prolongados de descanso. “Algunos de los soldados no durmieron durante las primeras 72 horas”, dijo el mayor. La magnitud de la tarea hizo que se requiriera un esfuerzo inusual.

Lizondo enfrenta diariamente infinidad de problemas domésticos: desde las personas que se niegan a limpiar sus carpas hasta quienes no quieren compartirlas con quienes consideran de una clase social inferior.

“No tengo carpas para cada familia, trate de convivir con quienes le han tocado por sorteo”, pedía Lizondo a quienes no se sentían a gusto durmiendo junto a personas poco aseadas. “Nunca pensé enfrentar estos problemas”, añadió.

## 9. Reconstruyendo la historia

Como los 1800 habitantes de Totora, el viceministro de vivienda, Gustavo Abastoflor, durmió a la interperie durante varios días después del terremoto. El lunes 25 de mayo, Abastoflor, junto a otras autoridades de su ministerio, se dirigió a Aiquile para hacer, personalmente, las tareas de evaluación y valoración del estado de las casas. El miércoles se trasladó a Totora, donde prosiguió el trabajo, haciendo un diagnóstico casa por casa. Abastoflor, de profesión arquitecto, tiene amplia experiencia en tareas de restauración. El Banco Nacional de Bolivia le encargó hace unos años la refacción de los edificios que tiene esa institución en Sucre, Tarija y Potosí, ciudad en la que la construcción data de 1750. También restauró la Casa de la Capellanía de Sucre (1650) y el denominado “Caserón de la Papelera” (1700). Efectuó este último trabajo de restauración con técnicas y materiales de la época. Encargó la recolección de un especial tipo de bambú, que se da en las quebradas de Monteagudo, llamado kuri por los campesinos, porque era el utilizado a fines del siglo XVII en Sucre para hacer las cubiertas de las casas.

El destino quiso que, tiempo después, Abastoflor encare la tarea de coordinar las refacciones de Totora, otra ciudad colonial. Durante dos semanas después del terremoto, Abastoflor recorrió las calles de la localidad haciendo un censo y evaluando los daños de cada una de las viviendas. El gobierno prevé dar subsidios para todos aquellos que vivan en casas que requieran reparaciones. De 47 años, Abastoflor sabe que, si bien las casas de Totora no muestran los daños que se aprecian en Aiquile, éstas tienen daños estructurales graves. “Las paredes de las

casas han colapsado y muchas de ellas requieren ser demolidas para construir otras paredes en sustitución”, dijo.

Abastoflor está encargado de ayudar a reconstruir la historia. Cuando los españoles llegaron a la región de los valles altos del departamento de Cochabamba, a principios del 1600, encontraron allí poblaciones indígenas, descendientes del imperio incaico. Los lugareños, que hablaban quechua, comerciaban con sus antiguos enemigos, los kollas, que habitaban regiones hacia el noroeste, en el altiplano del actual departamento de La Paz.

En el valle de Totora la población producía papa y maíz y, en sus zonas más bajas, coca en abundancia. Era interés de la colonia afianzar la comunicación entre Cochabamba y Santa Cruz, y por ello decidió asentar en la región de Totora una capellanía, en 1639. Sus casas actuales, algunas incluso de dos siglos de antigüedad, señoriales y solariegas, son el mudo testigo de un interesante pasado. Casi todas ellas tienen dos plantas y patios interiores.

Según el censo levantado por Felipe Santiago Soriano, el 1° de enero de 1779, vivían en Totora 314 españoles, 1191 mestizos, 32 mulatos y 48 indios, haciendo un total de 1585 personas; por lo tanto, hace dos siglos su población era casi la misma que hoy, que tiene 1800 habitantes. El municipio tiene una población total de 18400 personas.

Afortunadamente, el legado cultural que implica Totora está casi intacto. A diferencia de Aiquile muy pocas casas serán derribadas, aunque casi todas requieren tareas de refacción.

“Totora” deriva del vocablo aymara Tutu-Uraque, que significa terreno arcilloso. Los quechuas, al dominar la ciudad, cambian el nombre a Tutura y, finalmente, los españoles, a Totora, creyendo que la palabra se refería a dicha planta.

La ciudad está a 2789 metros sobre el nivel del mar, a una distancia de 143 kilómetros de la ciudad de Cochabamba.

Totora es la capital de la provincia Carrasco de Cochabamba; la localidad fue creada oficialmente mediante decreto supremo del 5 de septiembre de 1866. En 1895, por iniciativa del diputado Trifón Meleán, representante de la provincia Carrasco, Totora recibió el título honorífico de “ciudad”.

Aiquile está ubicada a 2.242 metros sobre el nivel del mar y a 217 kilómetros al sureste de Cochabamba. Con una población de 5800 habitantes, fue, hasta el 22 de mayo pasado, un poblado lleno de encanto y atractivos, conocida como la “capital del charango” de Bolivia, por sus conocidos artesanos en la fabricación de ese instrumento, que se vende en todo el país y que incluso se exporta a diversos mercados del exterior.

Aiquile es conocida también como la capital del pacay y la chirimoya y cuna de los valores del cajchi, el deporte heredado y adaptado de la pelota vasca.

Todo el municipio de Aiquile tiene 74 locales educativos y una población total de 22.000 habitantes.

Es la capital de la provincia Campero y punto intermedio en la carretera Cochabamba-Sucre. Fue creada oficialmente mediante decreto supremo el 24 de junio de 1876.

Aiquile se levanta sobre una región sísmica. Este siglo la ciudad ha sufrido varios temblores de importancia, a parte del de este año: el 25 de octubre de 1925 experimentó uno de magnitud 5.2 en la escala de Richter, el 1o. de septiembre de 1958, con magnitud 5.9, y el 22 de febrero de 1976, con magnitud 5.2.

#### 10. “Están botando mi casa”

“Carne para Frankenstein” y “Buck Rogers en el siglo 25”, son películas que el cine de Aiquile pasaba periódicamente. Ya no lo hará más. La sala fue dañada con el terremoto y espera su turno para que los tractores terminen de botar sus paredes y techos. Sus asientos, mudos testigos de incontables amores adolescentes, están apilados en un depósito a la espera de tener otro uso.

Toda la vida ha cambiado en el pueblo. El salón de billar ya no existe. El cine es parte del pasado. El hospital también será derruido. La ciudad no tiene restaurantes, bares ni tiendas. Pero la gente, aún así, cree que podrá levantarla otra vez.

“Levantaré mi carpa en mi terreno, donde estaba mi casa”, dice el profesor rural Porfirio Amaya mientras ve, con lágrimas en los ojos, cómo un tractor destruye las paredes y techo de su antigua vivienda.

“Compramos esta casa con mi esposa hace tres años”, dijo Amaya. “Hace sólo dos meses la hicimos pintar y arreglar; queríamos que ello signifique el renacer de nuestra relación”.

Como él, otros 2500 aiquileños han perdido completamente sus casas. 520 viviendas fueron declaradas “insalvables” por los técnicos del Ministerio de Vivienda y, posteriormente, derribadas por tractores y palas mecánicas. Otras 332 viviendas sufrieron daños y muchas de ellas también serán destruidas. Sólo 270 (de un total de 1130 que existían antes del terremoto) están intactas.

El profesor Amaya no sabe cómo reconstruirá su casa. Ha sido informado que el Ministerio de Vivienda ha ofrecido subsidios, aunque duda que obtendrá los 8.000 dólares líquidos que le costaría construir una casa como la que él tenía. Tampoco le agrada la idea de prestarse dinero. “Yo ya no tengo recursos. Al comprar esta casa se terminaron todos mis ahorros”. Las 700 familias que deben levantar nuevamente sus casas -o vivir para siempre en carpas- tienen la misma inseguridad que el profesor y no saben bien qué harán en el futuro.

Por de pronto, muchos aiquileños decidieron partir, abandonar la ciudad en la que nacieron. Sin embargo, son los menos. Los demás no tendrían donde ir; estarían condenados a vivir en casas de familiares o amigos, sin chances claras de salir adelante. Por eso la mayoría se ha quedado en Aiquile y Totorá, esperando rehacer sus vidas en ese lugar, aunque tengan que pasar meses en carpas.



La radio Esperanza ya está jugando un rol importante para evitar que el desánimo haga presa de la población. La emisora, dirigida por el sacerdote italiano Floriano Weiss y fundada hace 20 años, procura organizar a la población para iniciar cuanto antes su recuperación.

La subdirectora de radio Esperanza, Noemí Siles Vedia, de 33 años, es una de las que más ha trabajado desde el día del terremoto. Profesora de biología y técnica superior en comunicación social, Noemí fue una de las impulsoras de la campaña cívica que durante los primeros días exigió la creación de un “Comité Interinstitucional de Reconstrucción”.

Su hermana Rilma, locutora en quechua, dirige dos programas en radio Esperanza, en los que recibe cartas y llamados telefónicos. Desde el día del terremoto, como una forma de sacarse la pena de encima, todos le cuentan sus tragedias.

## 11. Ciudad dividida

Con su pelo gris y sus lentes al estilo John Lennon, el coronel José Antonio Gil parece más un militar europeo que boliviano. Desde el viernes 22, cuando llegó a la zona para hacerse cargo de la coordinación de las tareas de rescate, ha dormido en una carpa junto al resto de su estado mayor. En su calidad de comandante de las fuerzas especiales del Ejército, estacionadas en Cochabamba, sus superiores lo enviaron a dirigir las actividades de reconstrucción de Aiquile.

Después del desorden y desesperanza de los primeros días, la ciudad ha empezado a organizarse mejor, con la esperanza de recuperar cierta normalidad.

Gil y el resto del personal de Defensa Civil dividió a la ciudad en cinco áreas, más una rural, que están bajo la dirección de un capitán de Ejército, un concejal de la ciudad y un representante de la Cruz Roja. Las áreas está constituida por diverso número de campamentos, es decir conjuntos de carpas situadas en un mismo espacio. Los campamentos, a su vez, están subdivididos en grupos, conformados por entre 10 y 20 familias. Los damnificados eligieron directamente a sus jefes de grupo, que son los encargados de coordinar con los responsables de área la entrega de alimentos y vituallas. Excepto los jefes de grupo, nadie más puede recibir ningún tipo de ayuda.

Desde el principio, el coronel Gil sabía que el tema del alcantarillado y el agua potable era el más serio. Con la ayuda de los denominados “cascos blancos”, del Ejército argentino, una semana después del terremoto el 55 por ciento del sistema de agua potable estaba en pleno funcionamiento. Los técnicos del Ministerio de Vivienda habilitaron con el paso de los días el alcantarillado en diferentes sectores de la ciudad. Al segundo día ya había luz eléctrica y teléfono, algunos de ellos instalados por ENTEL con servicio gratuito.

A las nueve de la noche, las autoridades civiles y militares de Aiquile se reúnen para hacer una evaluación general de las actividades del día. El coronel Gil inicia la sesión siempre con la misma pregunta: ¿Han habido problemas en la distribución de alimentos? Dicha

reunión es pública, por lo que cualquier periodista o vecino de la localidad puede ingresar y participar.

El coronel Gil ha tenido que lidiar también con otro “ejército”, al que también procuró ayudar: el de decenas de periodistas que invadió la ciudad y tuvo que vivir, durante la primera semana, la misma difícil situación de los damnificados. Algunos de ellos pasaron la primera noche a la intemperie, incluso sin frazadas ni nada para cubrirse. Todos llegaron como podían, algunos aprovechando los aviones de la FAB y otros en automóviles, ya sea alquilados o propios. En total, 100 hombres de prensa, entre periodistas, fotógrafos y camarógrafos, fueron testigos de la tragedia del Valle Alto cochabambino.

Pero pese a las toneladas de ayuda recibida por el país, muchos damnificados sufrieron los efectos del frío y del hambre. Las carpas no alcanzaban para todos y no habían colchones y frazadas suficientes. Como es inevitable en estos casos, la gran cantidad de damnificados (unos 4200, que perdieron sus casas, más 3000 que, teniendo sus viviendas, estaban prohibidos de dormir en ellas por el riesgo de nuevos sismos) hizo muy difícil llegar a todos con la misma calidad de atención.

Varios días después de la tragedia decenas de personas seguían durmiendo a la intemperie, tanto en Aiquile y Totorá y las comunidades cercanas, debido a la falta de carpas. En los días siguientes al terremoto, la temperatura descendió hasta 6 grados bajo cero, especialmente en las madrugadas. Ello hizo que se presentaran casos de resfríos y gripes, que afectaron fundamentalmente a los menores. Una niña de menos de un año de edad murió el martes, al agravársele una neumonía que sufría desde tiempo antes.

Además, una semana después del sismo, las autoridades de defensa civil decidieron empezar a racionar la entrega de alimentos y otras vituallas, previendo que la reconstrucción de Aiquile demorará por lo menos seis meses. En todo ese período, en el que se supone las donaciones serán mucho menores, se entregará la ayuda almacenada durante los primeros días.

Otro asunto se sumó a las dificultades propias de un desastre de esta magnitud: centenares de personas llegaron de zonas rurales aledañas a Aiquile y Totorá para pedir alimentos y vituallas. Es doloroso, pero para muchas personas vivir en carpas y tener ciertos alimentos representaba una situación mejor a la que tenían en sus comunidades antes del sismo.

## 12. “Wilder, estoy aquí” (Los héroes anónimos)

Wilder Reyes gritaba desesperado. Con el primer temblor, su casa, situada en Aiquile, se había venido abajo. El logró escapar pero su esposa y su hija seguían atrapadas. No sabía si estaban vivas o no, porque no las escuchaba y la oscuridad era total. Reyes pidió ayuda a varios vecinos, pero ninguno de ellos se animaba a ingresar a la casa, que estaba a punto de derrumbarse. Uno sí aceptó. Julio Zambrana se acercó a su amigo Wilder y le dijo que entraría con él. Traía consigo una vela y fósforos. Cuando ingresaron a la vivienda, en la

que no se reconocía ni escuchaba nada, vino el segundo terremoto, el más fuerte. Ni Wilder ni Julio corrieron, pese a que pedazos de estuco y escombros caían a sus costados. “No te preocupes, las encontraremos” dijo Julio. Los dos llamaban a gritos a la esposa e hija de Wilder, iluminados por la magra luz de una vela que se apagaba a cada instante. “Wilder, estoy aquí” se escuchó de pronto en el medio de los escombros. La esposa de Wilder, Esperanza, estaba aprisionada por una pesada viga de madera que no la dejaba moverse y que le permitía apenas respirar. Tenía la pierna y el brazo fracturado, pero estaba viva. “Por favor, encuentren a mi hija”, dijo Esperanza. Julio y Wilder siguieron removiendo escombros. De repente, echada en su cama, protegida por las frazadas y el cobertor, pero tapada completamente por restos de estuco, tierra y maderas, vieron el fragil cuerpo de Alejandra que, echada de espaldas, estaba segura que su padre la salvaría. Al abrazar a su hija, su casa ya no existía, pero Wilder nunca había sentido tanta felicidad.

Ese mismo día, pero en Autocahua, nadie podía ayudar a Isidora Morales, de 55 años, que sufrió una herida cortante en el rostro, la rotura de su mano izquierda y el aplastamiento de su columna y piernas. La comunidad no tiene vehículos y ella necesitaba ser llevada a un hospital con urgencia.

Isidora había despertado con los gritos de sus hijos, que dormían en un cuarto de atrás de la casa. Al sentarse en la cama, sintió el primer temblor y algo le llegó con fuerza a la cara, haciéndola sangrar profusamente. No veía nada a causa de la oscuridad de la noche, pero supuso que la había golpeado una viga. Después, sintió que algo, seguramente un pedazo de pared, le cayó en la espalda. Llena de miedo, trató de pararse, pero el temblor era tan fuerte que la botó al suelo. Cuando intentó pararse, unos dos mil kilos de adobes y palos se desplomaron sobre su cuerpo, dejándola inmóvil, en una posición en la que le costaba respirar o gritar.

Cuando acabaron los temblores, dos de sus hijas mayores, Albina y Carmensa, la sacaron de debajo de los escombros.

Estuvo toda la noche muriéndose de dolor, con la cara y la mano hinchadas y la espalda con grandes y oscuros moretones.

A la mañana siguiente, viendo que no llegaba ningún tipo de ayuda, su sobrino Luciano Ricaldes se ofreció para llevarla hasta la carretera Totorá-Cochabamba. “Son por lo menos cinco kilómetros”, le dijo Isidora. “No importa tía. Además, estás flaca, no pesas mucho”. Luciano caminó el largo trayecto, que atraviesa dos altas lomas, hasta llegar a la carretera. Una ambulancia que iba a la zona del desastre se detuvo y personal médico le hizo las primeras curaciones, antes de llevarla a Cochabamba. Se había salvado.

También en las cercanías de Totorá, el mayor Freddy Lizondo no pudo conseguir un vehículo para dirigirse a una zona en la que le habían informado de la existencia de heridos. Tomó a un grupo de sus hombres y, en la madrugada del sábado, un día después del terremoto, caminó varios kilómetros para dar con los afectados. “Iremos ahora”, le dijo a uno de sus subordinados que propuso postergar la búsqueda hasta el día siguiente. Dirigiéndose con una brújula y un mapa, además de las indicaciones de un dirigente del

lugar, encontró varias casas destruidas. En esa y otras comunidades halló siete cadáveres y cuatro personas vivas, pero heridas, en medio de los escombros. Algunos estaban desmayados, porque se les habían agotado las fuerzas y estaban muy débiles. Les dieron agua y, cargándolos improvisando camillas, los llevaron hasta Totora por oscuros senderos, caminando kilómetros y kilómetros. De allí, una ambulancia trasladó a los heridos a Cochabamba, donde fueron hospitalizados y quedaron fuera de peligro.

## ANEXOS

### **Anexo 1**

#### Richter y Mercalli ¿Qué es un terremoto?

Los terremotos tienen origen tectónico o volcánico. La mayoría de ellos corresponde al primer tipo y se generan por las tensiones creadas por los movimientos de alrededor de 12 placas (mayores y menores) que forman la corteza terrestre y que chocan entre sí. Los terremotos volcánicos, generalmente de intensidad menor, se producen justamente en las cercanías de volcanes, cuya actividad produce temblores.

Estas placas se encuentran en todos los continentes pero han provocado más terremotos en las costas del Pacífico. La costa oeste de Estados Unidos (especialmente California) y México, además de Perú y Chile, son los más afectados. La cordillera de los Andes ha sido la protectora de Bolivia, porque su presencia reduce el movimiento de las placas tectónicas, pero no evitó la tragedia del viernes 23 de mayo de 1998 en Aiquile y Totora.

Los terremotos han fascinado a los hombres desde hace siglos. En la antigüedad se creía que la tierra estaba fija sobre una base y que el sol y las estrellas giraban en torno a ella; los temblores, entonces, se producían por el resquebrajamiento de los pilares de la base. Con el paso de los años, los hombres le dieron al fenómeno explicaciones más racionales y científicas.

El primer hombre en intentar medir la intensidad de los sismos fue el erudito chino Chang Heng, que hacia el año 130 DC supuso que los terremotos eran causados por ondas que venían de las profundidades de la tierra. Para establecer su magnitud, colocó en una mesa firme una vasija grande, en cuya circunferencia puso ocho receptáculos con la figura de bocas de dragón, sobre las cuales se balanceaban un número igual de bolas. Dependiendo del grado de los temblores, se caían una o más de estas circunferencias.

El sistema, copiado luego en otros países, tenía obviamente muchas limitaciones, pero era ingenioso y práctico y permitía a las autoridades ingresar en alerta cuando los terremotos se producían en lugares distantes. Ya en 1870, el inglés John Milne ideó el primer sismógrafo, que consistía en un péndulo en forma de aguja que rozaba un vidrio ahumado y dejaba marcas evidentes en caso de sismos. A

principios del siglo 20 se creó el primer sismógrafo moderno, similar al que se utiliza actualmente. Estaba construido de forma que un péndulo magnético se sujetaba entre los dos polos de un electroimán.

Dos han sido los sismólogos que aportaron con sus investigaciones a la medición de la intensidad de los terremotos: el italiano Guiseppe Mercalli y el estadounidense Charles Richter. La escala ideada por este último es más científica ya que no depende, como la otra, del lugar de donde se encuentre el sismógrafo.

El método creado por Richter es una escala logarítmica que mide la energía liberada por el sismo. Tiene valor entre 1 y 9 y, según este sistema, un temblor de magnitud siete es diez veces mayor a uno de intensidad seis, 100 veces más fuerte que uno de intensidad cinco, y así sucesivamente.

Durante siglos los hombres han tratado de predecir los terremotos; actualmente, el tema divide a los científicos. Por lo general, se considera que un sismo destructivo no puede ser previsto. Sin embargo, las investigaciones sobre el comportamiento de las placas de la corteza terrestre han permitido algunos avances. Estudiosos de Estados Unidos, Japón, China y Rusia han analizado hasta la obsesión todos los hechos que suceden antes del terremoto, para tratar de encontrar algún comportamiento estable. En 1975, en el primer gran éxito en este campo, sismólogos chinos lograron predecir el terremoto de la ciudad de Haicheng. Dos días antes del sismo, que destruyó el 90 por ciento de los edificios de la ciudad, las autoridades evacuaron a los 90 mil habitantes de la zona, evitando una catástrofe. Las posibles predicciones, que son aún muy inexactas, se basan en el estudio de los denominados “temblores precursoros”, de la inclinación de la superficie de la tierra y de cambios en el campo magnético terrestre.

Las dificultades que encuentran los científicos en la predicción de los sismos mayores consisten fundamentalmente en que en un año se producen por lo menos un millón de temblores, la mayoría de ellos imperceptible para los humanos. Sólo uno por año es destructor como el que arrasó a Aiquile y Totorá. Otros diez son fuertes pero no tan letales. Unos cien llegan a producir daños considerables en las edificaciones y alrededor de mil provocan daños pequeños, como rajaduras y fisuras, y son sentidos por la población. Unos diez mil son casi imperceptibles. El resto sólo son registrados por los aparatos más sensibles.

## **Anexo 2**

Nómina oficial de muertos y heridos entregada por el Ministerio de Gobierno

Comunidad Autocahua

1. Segundina Alcócer

2. Lidia Rojas
3. Edmundo Vallejos
4. Alejandrina Vela
5. Gumercinda Azer
6. Luisa Vela
7. Victor Vela año
8. Angelica Peredo

#### Comunidad de Jatunpampa

1. Palmira Mamani
2. Celestina Olivera
3. Olivera Hijo

#### Comunidad de Jatunrumi

1. José Paredes
2. Julia Capallu
3. Ponciano Paredes
4. Raúl Paredes año
5. Florencio Delgadillo
6. N.N.
7. N.N.

#### Ciudad de Aiquile

1. Freddy Flores
2. Marcelo López
3. Rafael Becerra
4. Lucio Gaspar Garcia
5. Constantino Vaizata
6. Amalia Vallejos
7. Eulalia Vallejos
8. Jorge Arias
9. Osman Arias
10. Hernan Colque año
11. Emil Fernández
12. Vaneza Fernández
13. Ariel Ferrufino
14. Hugo Alba
15. Priscila Alvarez

16. Marily Alvarez
17. Mariela Tordoya
18. Romay Escobar
19. Rafael N.N.
20. Lia de Vargas
21. Araceli Vargas
22. Ana Lema
23. Gloria Ugaldi
24. Alina de la Quintana
25. Amalia de Camacho
26. Flora de Molina
27. Romali Herrera
28. Natali Herbay año
29. Calima Herbay
30. Amalia Becerra
31. Tito Montaña
32. Leyla Gutiérrez
33. Luana Montaña
34. Consuelo de Flores
35. Mariela de Tapia
36. Rosmery Jimenez
37. Ines de Villarroel
38. Juana Peñaloza
39. Jhonatan Montaña meses
40. Eva Natali Verguey año
41. Joel Moreira
42. Cecilia Alvarez
43. Cecilia Pinedo Antezana
44. Renata Herra
45. Amalia Herrera
46. Roman Escobar
47. Inés Mendoza
48. Julia Camacho
49. Manuela Meneses

Heridos en Aiquile

Jorge Arias Lopez  
Maritza Tordoya  
Wilder Reyes Anaya  
José David Molina

Elizabeth Torrico  
Rosmery Goytia  
Richar Herbert  
Miguel Ferrufino  
Ana Caro Flores  
Ronald Claros  
Gladys Ferrufino  
María Medina  
Sonia Fernández  
Graciela Antezana

Heridos en Totora

Emilio Vargas  
Juan Anzaldo

### **Anexo 3**

Fuentes y agradecimientos

**Capítulo 1:** Los testimonios fueron obtenidos en base a entrevistas personales. El número de muertos y heridos está todavía en discusión. La nómina presentada en los anexos de este libro fue entregada por el ministerio de gobierno y difiere a la confeccionada por Defensa Civil. Según la lista reproducida aquí, los muertos del terremoto serían 67 (49 en Aiquile y 18 en otras localidades). Los partes oficiales de los jefes militares de Aiquile y Totora señalan que los muertos son 65 (41 en Aiquile y 24 en el resto de las comunidades). El autor de este reportaje realizó en el hospital Viedma de Cochabamba entrevistas a heridos y familiares de víctimas que no figuran en las listas oficiales. **Capítulo 2:** Entrevistas personales e información obtenida de diarios y canales de televisión. **Capítulo 3:** Entrevistas personales e información oficial del observatorio de San Calixto. El Centro Nacional de Información de Terremotos de Denver, Colorado, Estados Unidos, informó a La Razón que el terremoto tuvo una intensidad de 6.6 grados en la escala de Richter, no 6.8 como se informó en Bolivia; se considera a éste como el dato oficial. El número de viviendas destruidas no está claro. Defensa Civil ha entregado información distinta según las fechas. Se considera, sin embargo, el dato que parece más aproximado es el siguiente: número total de casas en Aiquile antes del terremoto: 1130 casas, de las que 520 resultaron semidestruídas por el sismo y luego derribadas completamente por tractores y retroexcavadoras. Otras 332 viviendas sufrieron rajaduras pero se salvaron. 278 no sufrieron daños. **Capítulo 4:** Entrevistas personales y testimonios publicados por El Nuevo Día, La Razón y la



agencia Erbol. **Capítulo 5:** Entrevistas personales e información oficial de Defensa Civil. **Capítulo 6:** Entrevistas personales. **Capítulo 7:** Entrevistas personales e información del INE. **Capítulo 8:** Entrevistas personales. **Capítulo 9:** Entrevistas personales e información obtenida de Los Tiempos, INE, “Manual de Historia Boliviana”, “Los bolivianos en el tiempo” y “Totorá, notas sobre su pasado”.

**Capítulo 10:** Entrevistas personales. **Capítulo 11:** Entrevistas personales. **Capítulo 12:** Entrevistas personales. **Anexo sobre el terremoto:** enciclopedia Encarta, “Por qué ocurren los terremotos”, “Historia de la ciencia” y “Enciclopedia de ciencias naturales”.

Agradezco a Fátima Molina (como siempre) por toda su ayuda y a Hernán Terrazas, por sus sugerencias y correcciones. A mis padres, Rafael y María Elena, por su cooperación y apoyo.